



Comentario

Las eternidades de la intolerancia

Sorprende gratuitamente la colección de cuentos breves "El ángel de Nicolás", de Verónica Murguía. Derrochan sencillez y un profundo sentido de humanidad. A la vez, nos permiten reflexionar sobre la persistencia nuestra para cometer los mismos errores de manera cíclica.

Tito Matamala

Un volumen de cuentos lleva implícita la promesa de un cierto sentido de unidad en los relatos, un tema en común o un modo unitario de abordar distintas temáticas. Cuando se logra a cabalidad, los cuentos se transforman en fragmentos que pueden entenderse como un texto mayor, una novela. Ello sin imponer el orden de las lecturas, ni menos el estilo de uno o dos relatos. Por eso, y a pesar de las normas del mercado y las editoriales, el cuento sigue siendo el género mayor, el más completo, el que permite más interpretaciones.

Todo lo anterior se aplica a este notable volumen "El ángel de Nicolás", de la escritora mexicana Verónica Murguía, y que podemos conocer en Chile como parte de la profusa colección de narrativa de la editorial LOM.

En estos siete relatos breves, casi en forma de fábula para niños, asoma como gran protagonista la guerra causada por la intolerancia religiosa, el miedo y la superstición en buena parte del devenir de la humanidad. Nos centramos en los extensos siglos de la edad media, en que se levantó la espada toledana cristiana o la cimarra árabe para convertir en tesoros a los infieles del otro lado. No importa qué lado.

Matar o morir

Azuzados por los reyes, por los príncipes y profetas, los hombres tregan a caballo por las estepas de oriente en pos de su creencia. Y matan. "Desde niño quise ser soldado. Mi tío me enseñó que el único poder verdadero, más elocuente que el sonido de las monedas o de las palabras de Nuestro Señor, era el de la espada. Perpetué toda obra que se hizo



al abrigo de la oscuridad: robé, engañé, violé y di muerte. Para mí, solo la espada podía oponerse a la oscuridad, la vida era matar o morir". La elocuencia en la confesión pertenece a Nicolás, un fiero soldado que se enfrenta a los búlgaros, enemigos de Constantinopla, la ilustre ciudad bizantina. El guerrero es la representación de su tiempo, moldeado por las fuerzas de la fe, brutal en sus actos y seguro de que su causa es la más noble: "matar o morir, sólo eso entendía yo de las historias de los santos, decapitados, flechados, decapitados, azados: en fin, muertos por pecadores como yo".

Seladino, Nicéforo, Ksm Krum, no importa el nombre del monarca. Todos ellos se sienten iluminados para asolar el mundo por su fe. Y nunca podrán aquilatar el sentimiento de desamparo que embarga a sus leales hombres, esa duda que los atormenta en el decurso. Tal vez sus reyes y su cónclave no sean los combatidos. Cuando un hombre observa al enemigo derrotado, se ve a sí mismo. Cuando contempla la destrucción, el asque, su tierra

asolada por causa del enemigo, también se ve a sí mismo, cometiendo los mismos actos de barbarie. "Mi ángel me enseñó que a vida no es solamente matar o morir. Pero una vez venció lo demás".

Aire actual

Como que desde siempre el hombre ha querido acauzar el favor de Dios, infiltrarse entre sus más estimados y sin medir el costo del esfuerzo. El rey Federico ha imaginado que puede jugar a sí mismo el idioma del paraíso, la palabra original en los días de la creación. Entonces, ordena criar a doce niños por doce matronas, a quienes se les ha ordenado que jamás pronuncien una palabra, un arullo de madre, una caricia natural de un ser humano. El rey está seguro de que los pequeños, que él cree incontaminados de ese modo, pronto comenzarán a hablar el idioma que lo comunicará directamente con Dios. Por cierto, no le resulta. Los pobres infantes, tan torturados como las mujeres que los arramantan, sólo taran, porque "el lento es el idioma que nace en error o todos, porque cualquiera que sea la lengua que hablemos, todos lo vamos igual". El lento era, pues, el idioma de la humanidad. El otro, el idioma del paraíso, seguirá siendo un misterio.

Los cuentos de Verónica Murguía están empapados de una profunda humanidad, y aun cuando se ambientan en épocas remotas, en siglos de espadas, crímenes e impiedad, sin duda acusan la intolerancia fresca de nuestros días. Hoy los guerras asirte se mantienen en muchos sitios del otro, y a veces se distrazan de algunas causas contra el terrorismo, por ejemplo, pero siguen conservando el tono rotundo, el mesianismo deiego de Nicolás, el defensor de Constantinopla, cuando advierte que "el fiero alunar sobre la batalla y la astucia. Vi cómo silenciaban los rezos más desesperados y las blasfemias más repugnantes. Me tenían, y yo me delataba, en mi torva susceptibilidad de hombre amado".

El SUR, Concepción 25 junio 2006 pág. 28

Las eternidades de la intolerancia [artículo] Tito Matamala.

AUTORÍA

Matamala, Tito, 1963-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2006

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Las eternidades de la intolerancia [artículo] Tito Matamala.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile